

Nuestros clásicos hoy



Cornelius Castoriadis:
FENOMENOLOGÍA DE LA
CONCIENCIA PROLETARIA*
(Primera Parte)

Presentación:
Carlos Enríquez del Árbol*

87

Presentación

Este texto pertenece al tomo de documentos de mi tesis de 1995 *Teoría e historia de las formaciones sociales postcapitalistas. Una investigación histórica: URSS 1924–1934* (no incluido en la edición en CD, UGR, 2002) y debía haber aparecido entre los apéndices de *El proletariado que existió*, (UGR, 2002) Por razones editoriales fue suprimido junto a otros textos. La traducción del texto de Castoriadis se debe a Victoriano Alcantud al que reitero mi agradecimiento. Escrito en marzo de 1948 y publicado por vez primera en francés en *La société bureaucratique: 1, Les rapports de production en Russie*, París, UGE, 1973, no fue incluido en la versión española.

Aclaremos que este escrito de Castoriadis pertenece a una etapa anterior a su obra de 1975 *La institución imaginaria de la sociedad*, que analicé en dos de mis seminarios de la ADEM (Asociación de estudios marxistas), *El fantasma cansado* (1991–92) y *El objeto oculto de Ser y Tiempo* (1997), junto a otras tentativas de enlazar el psicoanálisis con el marxismo que comienzan con el freudo-marxismo de Wilhem Reich y que culminan en el reciente intento de Žižek (aunque en este caso se trate más en estricto del psicoanálisis lacaniano).

Como sabemos, la oposición al estalinismo desde el campo troskista, luxemburguista, consejista, se convertirá a través de la marca, por ejemplo, de Merleau-Ponty, en un rechazo del materialismo histórico (o de lo que Castoriadis entiende por él) en tanto que el sistema marxista participaría de la cultura capitalista y por tanto sería absurdo pretender hacer de él un instrumento de la revolución. Una discutible lectura de Freud amparará el cuerpo de categorías que pondrá en primer plano el filósofo de origen griego y nacido en Estambul, desde lo «imaginario social» al «magma» (la institución de la sociedad como institución de un magma de significaciones imaginarias sociales), o, desde la «imaginación radical» a la «sociedad» como autoinstitución de lo «social histórico». Pero, como dijo Barcellona, «una suma de individuos no forma una sociedad sino más bien un manicomio». Una asociación libre: cuando leía a Castoriadis pensaba que el mundo posible a su representación sería la

*La traducción de los textos de Castoriadis corresponde a Victoriano Alcantud



película de José Luis Cuerda *Amanece, que no es poco* (1988). Pero el despliegue categorial es interno a su bifurcación ontológica y el problema de Castoriadis es que su radicalidad histórica esencial (o historicidad esencial de lo real) no tiene nada que ver con la radical historicidad de las producciones ideológicas, y los «alguien» que creen o simulan hablar en nombre del ser, de la razón, de la historia, de la naturaleza o de una clase social, los «alguien» que hablan por su cuenta y riesgo... lo hacen ya desde un inconsciente ideológico y no desde ningún vacío previo (otra cosa muy diferente es la cuestión de la falta). Ahí vacila su concepto de historia como *poiesis* como actividad abierta y contingente, como creación y génesis ontológica.

En lo que respecta a la cuestión de la transformación revolucionaria, Castoriadis no presenta esa transformación radical como un acontecimiento que corte el devenir en dos; mientras que en el caso del tercer autor que hemos citado, Zizek, cuando formula su proyecto político izquierdista, anticapitalista en nuestra época de mundialización, postulará que sólo un acto auténtico es el que puede redefinir el conjunto de las reglas, incluso las del propio sujeto, siendo el verdadero acto político revolucionario no el que se entiende en el sentido marxista de revolución, sino en el sentido de un acto ético irreducible de un sujeto que se mantiene fiel a su decisión, más allá de las consecuencias que éste traiga. Una política de izquierda lo es si se identifica con el síntoma por el lado del nudo que al desatarlo derrumba el conjunto del sistema. El problema es nada menos identificar el síntoma (*sinthome*, con las resonancias de Lacan) teniendo en cuenta que para el filósofo esloveno esto designaría lo excluido, que pertenece al orden universal existente pero que no tiene un lugar propio en éste. De ahí la recuperación, que ha sorprendido a algunos, de la figura política de Lenin y la revolución de 1917. Tendremos tiempo de situar la nueva exposición que inicié en los seminarios de la ADEM de la obra de Lenin (desde finales de los 80) con la perspectiva de Zizek, aunque el lector de la Revista *Laberinto* puede rastrear suficientemente el examen de mi teorización en los números 9, 19, 23, 24, 25 de la misma.

Ahora bien, como hemos indicado, el texto no pertenece ni a la etapa que se abre con *La institución imaginaria de la sociedad* ni a una anterior en la que en plena ruptura con la tradición marxista (sea el caso de su introducción *El papel de la ideología bolchevique en la aparición de la burocracia* a la obra de Alejandra Kolontay, *La oposición obrera*, publicada en la revista *Socialismo o Barbarie* en 1964) respalda planteamientos tales como que la revolución rusa y el régimen estalinista eran una encarnación y realización histórica del marxismo, que lo que llama «período oscuro» de la revolución soviética (1917–1921) es en el que se jugó la suerte de la misma, que Lenin y Trotsky le abrieron la puerta a Stalin, mezclando sin más en sus análisis los fracasos de la Comuna de París, Franco y la Guerra Civil española, la intervención en Budapest de 1956 con la degeneración de la revolución de octubre y considerando que la burocracia «es» la degeneración misma (Castoriadis dice literalmente: «nos vemos así obligados a constatar que, contrariamente a la mitología dominante, la partida decisiva se juega, y se pierde, no en 1927, ni en 1923, ni siquiera en 1921, sino mucho antes, durante el período 1918–1921»). Incluso parece olvidar a propósito de la cuestión estatal las diferencias entre Lenin y Trotsky sobre la relación de los trabajadores con «su» Estado en aquellos momentos y desde luego ignora totalmente la cuestión esencial de la hegemonía y la alianza obrero–campesina, una de las obsesiones finales de Lenin.

El ensayo de Castoriadis que verdaderamente nos interesó fue este que reproducimos aquí porque por su 'rareza' nos obligaba a incluirlo en nuestros primeros análisis de la formación del fenómeno estaliniano que por otra parte estaba de moda tanto en los libros como en las revistas de izquierda en el momento de la transición española (*Zona Abierta*, *Negaciones*, etc.) y por supuesto a lo largo de la década de los 80 en la que dibujamos nuestra teoría de la desmitologización del proletariado y explicación del estalinismo.

He decidido dividir este elemento del tomo documental de mi tesis en dos partes. En esta primera entrega reproducimos el texto en la traducción de Victoriano Alcantud, quedando los comentarios sobre el ensayo de Castoriadis, que implican al marxismo filosófico y la dialéctica, debido a su extensión, para un número próximo de *Laberinto*.

Carlos Enríquez de Árbol

Fenomenología de la conciencia proletaria

I. El en sí del proletariado puramente económico.

«El proletariado en sí, escribía Trotsky, no es más que materia de explotación». Este momento originario del ser del proletariado se manifiesta históricamente en la primera fase de su existencia dentro de la sociedad capitalista y, aunque suprimido por su inclusión dentro de un conjunto más vasto en el curso de la evolución, sigue constituyendo el momento fundamental del proletariado a través de todas las fases del desarrollo. En cada momento de su existencia y en todas las épocas de la sociedad de clases, el proletariado será en primer lugar este en sí, materia de explotación. Este en sí constituirá el fundamento de su ser activo incluso en los momentos en los que busque superarlo efectivamente elevándose a otro plano, al plano del para sí político, pues ese para sí político sólo adquiere significado en su relación con el en sí económico del cual es la negación, pero negación que contiene aquello de lo que es negación. Sólo la negación de esta negación y de aquello de lo que es negación, la superación a la vez del en sí económico y del para sí político, la abolición de toda explotación y de todo estado, en definitiva la supresión de la condición misma del proletario, en tanto que ser específico, en el seno de la totalidad comunista, será lo que arrebatte al proletario su determinación de materia de explotación, determinación que conservará hasta entonces. Pero en la primera fase del desarrollo este en sí sólo nos interesa en tanto que acaba con la determinación del proletariado, en tanto que ser proletario sólo significa eso, ser materia de explotación. En este sentido el en sí ciego acaba con el ser proletario, y este ser está desprovisto de toda conciencia. Su ser-en-sí no es por consiguiente más que un ser-para-otro, un ser para el capitalista. Si el capitalista es por el proletario, el proletario es para el capitalista durante esta primera fase, y ese ser-para-otro seguirá siendo un momento constitutivo del ser proletario mientras que éste siga existien-

do como tal. El sentido general del proceso económico y político en la sociedad capitalista será insistir en el en sí del proletariado, intentar a cada momento reducir totalmente el ser proletario a ese en sí ciego, para hacer de él pura y simplemente una materia de explotación.

II. La totalidad inmediata de la conciencia proletaria primitiva. El para sí inmediato de la rebelión.

Pero este en sí inmediato no es más que una abstracción. El proceso de la producción capitalista tiende a reducir cada vez más el proletario a esta abstracción, pero nunca lo consigue totalmente. Por una parte, en el ser proletario están contenidos en tanto que suprimidos todos los elementos del proceso que ha conducido a esta forma y principalmente el momento de la conciencia, el para sí del humano. Por otra parte, el proletario aprehende su ser-en-sí como un ser-para-otro, percibe la negación de su ser que constituye este ser-para-otro y se eleva a la negación de esta negación por la revuelta.

a) El punto de partida de este proceso se encuentra en la contradicción implicada en el ser-para-otro del proletariado. Esta contradicción contiene, desde el principio, el fracaso del capitalismo en tanto que reducción absoluta del proletariado a su en sí. Por una parte, el capitalismo quiere reducir al proletario a no ser más que materia bruta de la economía; el proletario debe convertirse en un simple engranaje de la máquina.

Por otra parte, lo que constituye el valor del proletario para el capitalista es que precisamente el proletario es más que un simple engranaje de máquina. El fundamento del capitalista se encuentra en la plusvalía, y la plusvalía sólo puede resultar de la oposición absoluta entre el hombre y la máquina, entre la repetición y la creación en el proceso de producción. La máquina es el momento de la identidad en este proceso; el desarrollo no interviene más que por intervención de este opuesto fundamental de la máquina que es el hombre. Así este ser-en-sí del proletariado sólo puede ser un ser-para-el-capitalista en



la medida en que contenga un para sí elemental. El capitalismo está obligado a afirmar y negar a la vez este para sí; a negarlo por su esfuerzo constante de reducción del proletario a un en sí puro y simple, a afirmarlo no sólo en tanto que está obligado a mantener la esencia biológica del proletariado como clase, sino también en tanto que está obligado a mantener en un cierto grado la esencia humana de esta clase, sin la cual pierde precisamente el valor que tiene para él.

b) A partir de este momento el capitalismo suscita su propia negación social. Este para sí elemental, este núcleo de conciencia mantenido a pesar de él en el proletariado, aprehende como su primer objeto el en sí que está en su base; alcanza así la certeza inmediata y sensible de su explotación. Pero esta certeza está todavía enredada en la coseidad: en tanto que el en sí aprehendido en esta primera conciencia es tan sólo el en sí físico, la alienación de este en sí aparece en el plan físico, el ser-para-otro del proletario es aprehendido por su conciencia como un ser-para-una-cosa; la cosa es la cosa presente en el proceso de producción, es decir la máquina. La primera negación de la alienación se plantea pues como negación de la máquina, como tentativa de destrucción de la máquina. Pero esta conciencia que niega la máquina está doblemente engañada; en primer lugar, en tanto que plantea una cosa como su propio otro – mientras que el otro de la conciencia sólo puede ser otra conciencia – y se rebaja así ella misma al rango de cosa; en segundo lugar, en tanto que su finalidad aparece como la vuelta atrás, es decir en tanto que ella no quiere la superación de la condición de proletario, sino la reducción de nuevo de esta condición a su expresión más primitiva. Hay pues una doble imposibilidad, interior y exterior, en esta primera negación; hay además la falta de comprensión de la fuerza propia del proletariado. El naufragio ante esta doble imposibilidad, la comprensión de la fuerza propia del proletariado, la elevación de la conciencia de la alienación como alienación en provecho no de la cosa sino del capitalista en tanto que persona, determinan la negación de esta primera negación y el paso a la totalidad de la revuelta.

c) La revuelta es la primera totalidad a la que llega la conciencia proletaria. Presupone que

la alienación se aprehende como explotación total, como tentativa de reducción tanto del en sí físico como del para sí consciente del proletario a un ser-para-otro, y este otro está en adelante determinado como capitalista. Llega a la comprensión de la totalidad, tanto en lo que concierne a su propio sujeto, que está planteado no como sujeto individual o particular sino como la totalidad de la clase desposeída, como en lo que concierne a su objeto, en tanto que esa totalidad de la clase se opone a la totalidad de la otra clase y a su expresión más general que es el estado. Su contenido mismo es total, ya que la revuelta reivindica la supresión de la particularidad, la realización de la participación igualitaria en el universo económico y la concesión a cada individuo de una parcela real del poder político, lo que se traduce por el pueblo armado y la comuna política. En este sentido, la revuelta constituye la primera exteriorización completa del para sí proletario.

Pero este para sí de la revuelta es todavía un para sí inmediato; la totalidad que plantea es una totalidad inmediata, en el sentido que la realización total de la negación del otro no concierne todavía sino al otro exterior, todo lo que se opone al proletariado al exterior del proletariado mismo. La clase está planteada como una unidad inmediata, simple y directa, es decir en definitiva como una abstracción que sólo puede ser derrotada. La derrota de la revuelta significa la derrota de la abstracción frente a lo concreto negativo del capitalista en tanto que éste se opone al proletariado. Significa la derrota de la inmediatez ingenua frente a la mediación desarrollada contenida en lo concreto negativo. La necesidad de esta derrota significa la necesidad del paso a través de una serie de mediaciones, en el transcurso de la cual la conciencia proletaria se hace más profunda volviendo sobre ella misma, desarrollando su propio otro en el interior de ella misma, para aprehender y superar su negación no sólo en tanto que negación exterior realizada en el capitalista, sino también en tanto que negación interior, oposición intrínseca que debe de ser en primer lugar explicitada, después aprehendida en su explicitación y, en definitiva, suprimida en la totalidad concreta de la conciencia revolucionaria absoluta.

Cornelius Castoriadis: Fenomenología de la conciencia proletaria

III. La particularidad de la conciencia reivindicativa. El engaño de la mediación infinita y el ser-para-otro del reformismo.

La derrota de la revuelta, que no suprime el para sí actuante de la conciencia proletaria, significa la caída en la mediación, caída que es una profundización. La mediación aparece primero en el momento de la particularidad. La totalidad inmediata del primer para sí se divide en una serie de momentos particulares. Esta particularización de la conciencia proletaria se opera de dos modos distintos: en primer lugar como fragmentación de la finalidad total planteada por la revuelta, que aparece como inmediatamente inaccesible, en una serie de fines particulares. Así se constituye la reivindicación, como momento central del para sí proletario durante esta fase. En segundo lugar como división del trabajo en el seno de la clase misma, de la clase que la derrota de la revuelta parece persuadir de que su acción total es vana y peligrosa y que delega su acción en una de sus partes. Se constituye así la burocracia –sindical y política– obrera como soporte real del para sí proletario durante esta fase.

La conciencia proletaria hace así un gran paso hacia adelante. Realiza una parte de los fines que se proponía en un principio y que en su totalidad parecen haberse demostrado irrealizables. Esta realización aleja a su ser de este en sí desnudo al que el capitalismo quería reducirlo. Reduce cuantitativamente su alienación, tanto en el aspecto del reparto de la plusvalía como en el aspecto de la reducción del tiempo de trabajo. Por último se eleva, en una de sus partes –esa burocracia obrera que crece sobre el suelo de la reivindicación– por encima de la condición proletaria y parece acceder a un para sí absoluto.

Pero bajo esta positividad exterior se revela cada vez más el engaño que se encuentra en germen. La base de este engaño es la presentación de lo particular como idéntico a lo universal. Por una parte, la reivindicación se presenta como la mediación necesaria entre la alienación presente y la libertad futura y es efectivamente esta alienación; el engaño comienza a partir del momento en el que esta mediación

se presenta como un fin, o, mejor, a partir del momento en el que el paso de la alienación a la libertad se presenta como una serie infinita de mediaciones cuyo término final nunca está dado («el fin no es nada, el movimiento lo es todo»). La totalidad del fin parece así como el resultado de una simple adición aritmética de los fragmentos particulares de ese todo. Habiendo descompuesto así una totalidad cualitativa en partes cuantitativas, la conciencia reivindicativa se engaña ella misma en tanto que cree que el paso inverso es asimismo posible, dejando de lado la cualidad del todo irrevocablemente desaparecida de sus fragmentos cuantitativos. El reformismo reposa en definitiva en la substitución imposible de series sucesivas de libertad que se conquistan por series sucesivas de alienación que se suprimen. Esta concepción cuantitativa se rompe ante la libertad que es totalidad o no es nada.

Por otra parte, el reformismo implica la mediación personal entre el proletario y el capitalista que supone el burócrata obrero. La burocracia se presenta también como una mediación necesaria. El engaño contenido en esa mediación en lo que concierne al proletariado mismo, consiste en que se pretende suprimir una alienación substituyéndola por otra. En la medida en que el burócrata se presenta como un término necesario de la liberación, y que su existencia implica que la liberación no es posible sino por él, la parte de la clase se substituye al conjunto de la clase presentándose como ese conjunto. Pero también la burocracia toma definitivamente el lugar de ese conjunto en la medida en que localiza y concentra el para sí, la conciencia y la dirección de la clase, en donde en definitiva se presenta como un para sí, como un final de sí mismo en la historia. Así el proletariado es de nuevo alienado, y esta alienación se sobreañade a la alienación fundamental operada por el capitalismo.

Pero el para sí del burócrata no es sino un falso para sí y el burócrata está él mismo engañado. En la medida en el que la razón de ser del burócrata es la reivindicación, y que la reivindicación sólo tiene como resultado objetivo alejar, por medio de lo particular inmediatamente aprehensible, lo universal que está constante-



mente diferido, es decir, en definitiva, mantener la alienación capitalista, la razón de ser objetiva del burócrata reformista se convierte en el sostén del capitalista; en ese sentido, el ser-para-sí del reformista se vuelve un ser-para-el-capitalista, y los embaucadores son a su vez embaucados. La toma de conciencia de este engaño por parte del burócrata reformista significa su transformación subjetiva en agente del capitalismo en el seno del proletariado; en esa medida la alienación del mismo burócrata se realiza completamente, en tanto que se separa de su propia clase. El engaño del reformista se hace totalmente explícito y aprehensible, en tanto que tal, por el proletariado.

IV. La singularidad de la conciencia anarquista.

Al mismo tiempo que cae, por una de sus partes, en lo particular, la conciencia proletaria llega, por otra de sus partes, al momento de la singularidad. Si la conciencia reformista significa la reducción del fin histórico a una serie de fines particulares así como la particularización real del soporte humano del movimiento, mediante la substitución de la burocracia a la clase, la conciencia anarquista parece mantener la totalidad del fin reduciendo el sujeto del movimiento al individuo, a lo singular, en el cual parece refugiarse la vitalidad de la clase vencida. En realidad la conciencia anarquista sirve durante este período para mantener la totalidad inmediata del fin de la revuelta, totalidad escamoteada por el reformismo, como una oposición constante a éste; pero este mantenimiento, que no es sino una simple repetición, contiene un doble engaño: en primer lugar, en tanto que substituye el individuo a la clase y que plantea incluso el fin como individualmente realizable ya desde el seno de la alienación capitalista; en segundo lugar, incluso cuando se quita de encima su individualismo, («anarquismo comunista») en tanto que presenta el fin como un fin inmediato en su totalidad desdeñando la mediación, es decir, en definitiva, queriendo saltar por encima del para sí todavía no alcanzado –salto que no equivale de hecho mas que a un salto hacia atrás, hacia la revuelta inmediata.

V. La síntesis imperfecta de la revuelta revolucionaria y el «partido revolucionario».

El mantenimiento de la oposición cada vez más radical entre el proletariado y la burocracia reformista y la supresión de la oposición entre la burocracia reformista y el capitalismo determinan en definitiva una identificación entre el capitalismo y la burocracia reformista. A partir del momento en que esta identificación es aprehendida en tanto que tal por la conciencia proletaria, el engaño del reformismo aparece explícitamente, y el reformismo aparece en la obligación de ser suprimido al mismo tiempo y con el mismo título que el capitalismo. La voluntad de negación de la alienación contenida en la reivindicación surge de nuevo, esta vez despojada del engaño de la mediación infinita, que se ha comprobado que es una mediación para el capitalismo. Así aparece la reivindicación revolucionaria, como concreción de la negación del capitalismo, negación incompatible exteriormente con aquella cuya realización presupone la supresión. Así aparece el «partido revolucionario», como concreción, en el seno del proletariado, de la voluntad de supresión del capitalismo y de la conciencia revolucionaria.

De esta manera el proletariado «llega al poder» y destruye exteriormente el capitalismo. Incluso en el caso en el que «no llega al poder», se agrupa en torno al «partido revolucionario» con el fin explícito de destruir el capitalismo. Ese momento aparece pues como, y es en realidad, una victoria de la conciencia revolucionaria.

Pero esta victoria contiene interiormente su propia negación. Contiene su negación en tanto que mantiene, en el plan del sujeto de la revolución, el momento de la particularidad como momento no suprimido. Este momento de la particularidad está constituido por el «partido revolucionario», que se diferencia de la totalidad de la clase desde el punto de vista de la estructura y desde el punto de vista del contenido. Además, esta particularización se funda en el mantenimiento de un principio eminentemente aleatorio, el principio de la división del trabajo, división fija y estable entre la «dirección» y la «ejecución», el trabajo intelectual y el trabajo físico, en definitiva como una distinción y una

Cornelius Castoriadis: Fenomenología de la conciencia proletaria

división entre la «conciencia del proletariado», localizada en adelante en el «partido revolucionario», y el cuerpo del proletariado, privado de conciencia y que esta «conciencia» que es el partido se apresura en privar cada vez más de conciencia para afirmarse ella misma en tanto que conciencia irremplazable. La distinción se vuelve división, la división se vuelve contradicción entre el proletariado y su propio «partido revolucionario».

Por otra parte, la reivindicación revolucionaria alrededor de la cual se produce en esta fase la toma de conciencia revolucionaria, no significa sino la negación exterior del capitalismo; la síntesis no está aún perfectamente realizada, pues no solamente no niega más que la exterioridad de la alienación, sino que esta negación no significa todavía la afirmación propia del proletariado por sí mismo; lo que se reivindica es la abolición del poder capitalista; el poder propio del proletariado sólo se afirma en tanto que poder del «partido revolucionario», es decir, en definitiva, en tanto que negación del poder propio del proletariado.

VI. La universalidad abstracta del burocratismo. El engaño universal de la abstracción burocrática. El ser-para-sí absoluto de la burocracia es en definitiva un ser-para-nadie.

Tomando como punto de partida la forma de la alienación de la conciencia, la burocracia revolucionaria realiza rápidamente la alienación total; hasta tal punto es verdad que para el proletariado la única alternativa es entre la conciencia total y el poder universal, la alienación total y el engaño universal. La expropiación de la conciencia en provecho de la burocracia va a la par con la expropiación física, pues el monopolio de la conciencia sólo es posible sobre la base del monopolio de las condiciones de la conciencia. Como estas condiciones son esencialmente materiales, la explotación reaparece y con ella la tendencia a reducir el proletariado a su pura materia física. Esta tendencia puede ahora actuar mucho más profundamente que en el marco del capitalismo. En la explotación capitalista está contenida una contradicción que hemos señalado más arriba (II, a). Esta contradicción

está determinada en definitiva por la búsqueda del beneficio bajo la forma capitalista. Pero bajo la dominación de la burocracia el beneficio se vuelve beneficio universal abstracto, la competencia se suprime en su forma económica, la producción, al no estar ya determinada por su beneficio concreto, puede consagrarse libremente a la tentativa de reducir el proletariado a un simple engranaje de la máquina. De lo que se deduce que el paso del en sí al para sí se hace infinitamente más difícil para el proletario.

Debido a que la burocracia nace sobre el terreno de la destrucción del capitalismo y por ella, que la aparición de su oposición con el proletariado no solamente no significa la supresión de su oposición frente al capitalismo, como para el reformismo, sino al contrario una profundización de esta oposición, en la medida en que su acceso al poder presupone la lucha física del proletariado contra el capitalismo y la exterminación de éste, la burocracia aparece como la negación del capitalismo. Pero esta negación sólo es una negación abstracta, de igual modo que el poder de la burocracia no es sino la forma abstracta del poder del proletariado y en este sentido la burocracia es la síntesis negativa del capitalismo y del proletariado. Síntesis negativa pues mantiene, en tanto que no suprimidos, la negatividad total del contenido capitalista en tanto que alienación y la negatividad del momento de la conciencia proletaria que es su fundamento, es decir de la universalidad abstracta.

Esta universalidad abstracta aparece en primer lugar en la forma de la economía, por la supresión de la posesión singular o particular de las fuerzas productivas, y la aparición del Estado como poseedor universal. Pero como el Estado sólo es una abstracción, esta posesión estatal es una universalidad abstracta que cubre la posesión de la burocracia al mismo tiempo que la domina. La universalidad abstracta aparece al mismo tiempo en la política, ya que el Estado o el «pueblo» aparece como sujeto del poder, que es en realidad el poder de la burocracia.

Así la burocracia realiza el engaño universal. Este engaño es infinitamente más vasto que el engaño reformista. A éste se le puede descubrir fácilmente, en la medida en que el reformismo no constituye de hecho más que una expresión del capitalismo y que esta identificación es apre-



94 hendida ya en la vida en el seno de la sociedad capitalista. Dado que el objeto y el ser mismo del reformismo son, por definición, parciales, su engaño sólo puede ser parcial. Al contrario el objeto de la burocracia es el objeto universal, el estado de la sociedad en su conjunto; la burocracia misma se plantea como sujeto universal para sí. Su engaño no puede ser sino universal, engaño de todos a propósito de todo. La esencia de este engaño es la abstracción, y la presentación de lo universal abstracto, que en tanto que abstracto no puede sino recubrir un concreto determinado, como idéntico a lo universal concreto, es la presentación de la negación abstracta como idéntica a la negación concreta que es la única posición positiva. La burocracia presenta así al proletariado la supresión de la alienación capitalista como idéntica a la supresión de la alienación en general y de toda alienación; la «nacionalización» y la «planificación estatal» de la economía se presentan como idénticas a la colectivización y a la planificación comunista; la destrucción del poder capitalista como idéntica a la destrucción del poder de clase; el «pueblo» abstracto como idéntico al pueblo concreto y el terror como idéntico a la libertad.

Pero si la alienación en ese estadio es total, y si el engaño es universal, esto significa que son también alienación y engaño de la misma burocracia. La burocracia se presenta, ante ella misma, como un ser-para-sí absoluto; pero ese para sí se desmorona en la abstracción que constituye la esencia de la burocracia. La burocracia se plantea como la conciencia de la historia, separada del cuerpo de ésta; pero esa conciencia sin cuerpo no puede ser sino una conciencia fantasmática que se desvanece sola; privada de cuerpo, la burocracia pierde también rápidamente la «conciencia» sobre cuya la base se había formado. Vuelve a ser un cuerpo menguado y parcial y lo que le queda de conciencia está puesto al servicio de ese cuerpo; se aliena así ella misma en provecho de su corporalidad desnuda y se vuelve muda. Su tentativa de reducir al proletariado a un puro y simple engranaje de la máquina de producción se vuelve contra ella misma; pues la continuidad de lo social, de un social hecho de abstracciones, hace que todo lo que es empleado contra el proletariado se repercute en el seno de la misma buro-

cracia; el terror empleado contra el proletariado se vuelve rápidamente terror universal; la expropiación física del proletariado, su reducción a un ser-explotado encuentra su igual antitético en la expropiación del burócrata por su propio cuerpo, su reducción a un ser por la explotación, su destino de parásito social e histórico; la expropiación intelectual dirigida contra el proletariado se vuelve cretinismo e imbecilidad de la misma burocracia. En definitiva, la burocracia se vuelve ella misma un puro y simple engranaje de la máquina social al servicio de la abstracción a medida que se revela su ausencia total de significación histórica, ya que se comprueba que esta corporalidad no existe para otra cosa y, en definitiva, en el marco de la alienación total, no existe para ella misma. El ser-para-sí de la burocracia se revela como un ser-para-la-abstracción, es decir, en definitiva un ser-para-nadie.

Parece así que la sociedad se vuelve totalmente vana y que la historia se derrumba en la nada de la abstracción universal. En efecto, la ambigüedad que determina cualquier momento de la conciencia se hace aquí totalmente explícita: o bien la conciencia revolucionaria se vuelve de nuevo dueña de sí para pasar a la universalidad concreta, suprimir la abstracción burocrática y realizar el comunismo; o bien será vencida por la abstracción y la historia se hundirá en lo monstruoso, de donde no saldrá sino al precio de nuevas mediaciones y de nuevos avatares. Hasta ahí puede ir el conocimiento; lo que viene después no es ya asunto del conocimiento, sino de voluntad histórica que presupone la ambigüedad de cualquier conocimiento, la victoria y el fracaso, y ha suprimido unilateralmente esta ambigüedad en su identificación total con su fin reflexionado.

VII. El paso a la universalidad concreta. La conciencia revolucionaria absoluta.

a) El burocratismo tiende a realizar mucho más completamente que el capitalismo la reducción del proletariado a su pura materia física. La base de esta posibilidad se encuentra en la supresión de la competencia, que es en definitiva supresión del motor de la acumulación, y así en la reducción de la plusvalía a una función absolutamente estática, el mantenimiento de

Cornelius Castoriadis: Fenomenología de la conciencia proletaria

la clase parásita. En esa medida aparece que la clase burocrática ya no está obligada a mantener la creatividad del trabajo. Pero la contradicción contenida en la alienación de la fuerza de trabajo reaparece, aunque con otra forma : la voluntad de suprimir el para sí del trabajador, que se manifiesta elementalmente como creatividad, y de insistir sobre el en sí, es decir de aumentar constantemente la explotación, contiene una contradicción manifiesta, que se traduce aquí por la disminución constante del producto de la fuerza de trabajo, y en consecuencia por la disminución constante de la plusvalía misma; cuanto más pesa la burocracia sobre el nivel de vida del proletariado, más baja el valor de los productos en su conjunto a causa de la caída de la productividad cuantitativa. A esta caída la burocracia no puede responder sino por el aumento del número de obreros, por la proletarización más completa del conjunto de la sociedad.

b) Si en esas condiciones el paso del en sí al para sí se hace subjetivamente más difícil, se vuelve al contrario infinitamente más fácil objetivamente. Se vuelve más fácil objetivamente pues todos los datos del problema e incluso su solución están ahí, explícitamente planteados. El papel de parásito del burócrata se hace manifiesto; cualquier otra oposición se suprime para dejar lugar a la oposición entre explotadores y explotados; toda falsa mediación –como por ejemplo una reivindicación reformista o una «burocracia obrera» especial– es radicalmente imposible; la forma misma de la solución está planteada, pues, al ser el Estado sujeto de toda propiedad, toda relación individual con los medios de producción está suprimida; basta pues con suprimir este Estado y reemplazarlo por el proletariado mismo. La sociedad burocrática presenta ante el proletariado el dilema en sus términos más llanos, más simples y más profundos; le grita en cada momento decisivo: o

bien lo serás todo, o bien no serás nada; entre tu propio poder y los campos de concentración no hay término medio; tú decides si quieres ser el dueño de la sociedad o su esclavo.

c) La realización del poder de la burocracia, al plantear la forma más brutal y más total de la explotación, significa al mismo tiempo el final del engaño burocrático. La esencia de la burocracia se revela como la negación propia del proletariado. En la medida en que el proletariado aprehende esta negación, la aprehende como culminación y síntesis de toda la evolución anterior. El proletariado puede ahora quitarse de encima cualquier engaño, no solamente exterior, sino también interior. Puede comprender que no se trata sólo para él de oponerse exteriormente a otro, que no se trata de destruir cualquier poder que le sea exterior, sino de realizar positivamente su propio poder.

En esta medida, tiende a suprimir desde el principio cualquier distinción fija en su propio seno, tanto en lo que concierne el trabajo como el poder y los ingresos. Esta conciencia del proletariado que es en definitiva conciencia de sí, que se ha planteado ella misma como su propio fin, que ha llegado en definitiva a plantear todo lo que le es otro, al exterior como al interior de ella misma, bajo la forma del *sí mismo*, y que ya no tiene como fin ante ella sino llevar su propio sí mismo realmente al poder, es la conciencia revolucionaria absoluta, tal como no puede realizarse más que después de toda la serie de mediaciones y de extranjería que presupone. Pero su fin exterior, una vez realizado, suprime en seguida su fin, que es el poder, y se suprime de la misma manera ella misma en tanto que conciencia revolucionaria del proletariado; se vuelve inmediatamente conciencia absoluta sin más, humanidad comunista, universalidad concreta infinitamente diferenciada en el seno de ella misma.